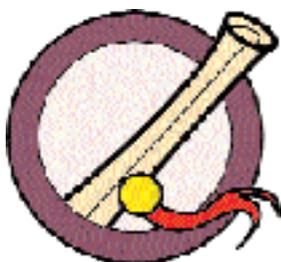


# Un nuevo rumbo para los posgrados en ciencias sociales:

## tarea insoslayable



El bajo nivel educativo de nuestro país es un problema indudable, más aún en los estudios de posgrado donde deberían formarse académicos de alto nivel. Se presenta aquí un diagnóstico y una propuesta para mejorar su situación.

Enrique Suárez-Íñiguez

**N**uestros posgrados han perdido la brújula. Ya no se trata de dar una formación profunda, seria y de alto nivel, sino de proporcionar credenciales más o menos fáciles de obtener para lograr mejores condiciones salariales o de posición en el sector público o en el privado. Al menos ese parece ser el caso en las ciencias sociales. Los alumnos llegan a estudiar maestrías y doctorados sin la preparación necesaria y, lo que es más importante, sin la vocación para ello. A muchos de ellos no les interesa en realidad la academia, sino poderse presentar ante sus medios laborales como maestros o doctores. Las exigencias de las instituciones que ofrecen los posgrados muchas veces son más formales que reales y aparecen sólo en el papel. Por supuesto no me refiero a todas, pero creo que el mal está generalizado.

Empezaré por señalar que hay dos concepciones distintas sobre lo que son los posgrados. Una los considera como la parte superior de una escalera que algunos pocos podrán subir hasta el final. Se estudian la primaria, la secundaria, el bachillerato, la licenciatura, la maestría y el doctorado como parte de una secuencia, de una unidad con varias etapas. La otra concepción

considera que la escalera termina en la licenciatura, cuya función es formar profesionales, y que la maestría y el doctorado tienen otra finalidad y no son una simple continuación de la licenciatura. La maestría no es para suplir las fallas de la licenciatura o para cubrir las lagunas que ésta deja, ni el doctorado la siguiente etapa a cubrir. Maestría y doctorado están, *fundamentalmente*, para formar académicos: en concreto, profesores de educación superior e investigadores de alto nivel. Académicos, es decir, personas que hacen de la academia su forma de vida. Yo soy de esta opinión. Es también la opinión que priva en las universidades de los países educativamente avanzados, la de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y, al menos para el doctorado, también la de las autoridades educativas mexicanas (véase OCDE, 1997, págs. 78, 187, 188, 189, 214, 215, 216). No sólo eso: en la

evaluación de la educación superior de nuestro país que la OCDE hizo a solicitud del gobierno de México, critica explícitamente esa concepción que yo he llamado de la escalera. El posgrado —señala el documento—, trata de la formación de profesores de educación superior... y trata de responder a necesidades precisas, sobre todo orientadas *hacia la investigación y la docencia superior, y no de entrar en una espiral onerosa de prolongación generalizada de estudios, de por sí ya muy largos* ( OCDE, 1997, p. 189). Sobra añadir que la OCDE se refiere a profesores de tiempo completo y medio tiempo, y no a los llamados “de asignatura”, y que, en este sentido, entiende por posgrado maestrías y doctorados, y no las especializaciones.

El posgrado, sobre todo a nivel de maestría, también puede servir para formar las élites de un país, pero a condición de mantener los ni-

En México los estudiantes  
no tienen el tiempo  
para cursar correctamente  
sus posgrados.

Leen lo indispensable  
para pasar la materia,  
con frecuencia de prisa

veles y exigencias propias de un posgrado. Esto no sucede en México. Los objetivos de muchos posgrados pueden *parecer* de buen nivel, pero en la práctica las cosas *funcionan* de manera muy distinta. En primer lugar, y digo literalmente en primer lugar, nuestros estudiantes no suelen ser estudiantes de tiempo completo, y eso hace toda la diferencia. En cualquier universidad seria del mundo los estudiantes de posgrado son de tiempo completo. ¿Y qué quiere decir esto? No sólo que no trabajan, sino que se dedican *íntegramente* a su maestría o a su doctorado: asistiendo a clases o al laboratorio, por supuesto, pero también a conferencias, congresos, reuniones; platicando con sus profesores fuera del aula; reuniéndose periódicamente con su tutor y siguiendo sus sugerencias e indicaciones (no sólo sobre la tesis); pasando *muchas* horas en la biblioteca leyendo, y no sólo lo que profesor exige en clase; disfrutando conciertos, música, cine, teatro. Todo ello con la intención de lograr una formación académica y cultural rica y profunda en una situación que nunca más se volverá a repetir: estar dedicados de lleno a ello. Nada de esto suele pasar en México en la mayoría de las instituciones que ofrecen maestrías y doctorados. Los estudiantes, casi todos, trabajan, y las becas que se pueden conseguir son reducidas en número, y algunas en monto, y por lo general sirven de *complemento* a otros ingresos salariales que se obtienen por vías del trabajo (casi todos los alumnos que he tenido becados, a pesar de ello, también trabajan). Los estudiantes no tienen el tiempo para cursar correctamente sus posgrados. Leen lo indispensable para pasar la materia, con frecuencia de prisa. Menos aún tienen el tiempo (y con frecuencia tampoco el hábito) para reflexionar sobre lo leído, para relacionarlo con otros conocimientos, para profundizar. El conocimiento es, para seguir aquella imagen de Carlos Fuentes sobre otro asunto, como un pañuelo que cae en el mar. No se va al fondo de inmediato: tarda en hundirse mientras se impregna del agua salada y luego va hundiéndose con mayor rapidez. Para que los conocimientos sean profundos hay que dejarlos reposar, hay que meditar sobre lo leído, lo pensado, lo hecho. No se puede hacer esto cuando el estudiante dispone de un tiempo limitado que con frecuencia consigue como permiso en su trabajo para acudir a la universidad. Por ello se limita a leer sólo lo que el profesor dejó para la materia. Ni qué decir que saliendo vaya a pasar varias horas en una biblioteca o acudir a una conferencia o dedicarle una semana a un congreso. Tiene que regresar a trabajar.

Pero no es sólo el tiempo la única limitación, aunque sí una de las más importantes, porque de ella se derivan otras. También están la falta de criterios adecuados de selección, los defi-

cientes programas, la ausencia de exigencias académicas *reales* y la inadecuada dedicación de los estudiantes, no sólo por la falta de tiempo, sino de vocación e interés académicos.

Por supuesto todo posgrado tiene criterios de selección, pero muchas veces éstos son limitados. Por ejemplo, hay instituciones que no establecen cursos propedéuticos para que ingresen a ellas estudiantes provenientes de otras ciencias. Alumnos de psicología, economía, ciencias de la comunicación o trabajo social, por ejemplo, toman un curso obligatorio sobre filosofía política sin haber leído a los clásicos, o de teoría política sin tener idea de lo que es ésta. Si la maestría no debe ser la siguiente etapa en la escalera, menos aún existe para suplir lo que antes no se vio. Algunos posgrados limitan la entrevista personal para decidir el ingreso de un estudiante a un simple cumplimiento formal. La entrevista personal realizada por académicos es un recurso fundamental para evaluar la seriedad, el interés y lo que pretende hacer el aspirante.

Respecto a la programación, debo decir que los títulos (y supuestamente, por tanto, los contenidos) de la mayoría de materias muestran un nivel de generalidad impropio de un posgrado serio. Es el caso de materias como “Filosofía Política”, “Filosofía política clásica y contemporánea”, “Teoría política contemporánea”, “Enfoques teórico-metodológicos contemporáneos”, “Políticas públicas y gobierno en México”. En lugar de pretender dar veinticinco siglos de filosofía política en un semestre, ¿no sería mejor “Filosofía política griega” o “La filosofía liberal” o “Los pensadores contractualistas”? En lugar de “Teoría política contemporánea” (¿*toda* la teoría política contemporánea?), ¿no sería más adecuado ver, por ejemplo, “Teorías sobre la democracia-liberal” o “Teorías sobre los partidos políticos”? En lugar de materias con títulos tan generales podrían darse seminarios sobre autores tan importantes como Rawls o Popper. La generalidad de los títulos no sólo indica poca seriedad, sino concebir al posgrado como una simple continuación de la licenciatura.

La investigación es esencial en un posgrado: debe ser el centro motor de su actividad diaria, pero no debe entenderse como la investigación del posgrado sólo la relativa a las tesis de los alumnos, sino la realizada por sus profesores. Por ello es necesario establecer mecanismos de vinculación entre los profesores que se dedican a la investigación, de manera especial los investigadores nacionales, y los alumnos, y tener instancias para analizar y discutir las investigaciones. Ante todo, deben elevarse las exigencias sobre la calidad de las tesis que con frecuencia reproducen los mismos defectos y fallas que las de licenciatura,



pero en mayor número de páginas. En los actuales posgrados de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) ya hay una relación entre facultades, centros e institutos que hace algunos años no existía. Esto es muy importante, pero para que adquiera todo su sentido la labor del investigador debe rebasar la simple impartición de una materia: debe orientarse hacia la enseñanza de lo que es la investigación científica. Los estudiantes egresados de la licenciatura no suelen tener ese conocimiento.

Los posgrados deben también tener un inventario de las investigaciones de sus profesores y estudiantes, y un canal de difusión *propio*, una revista donde puedan publicar académicos y alumnos bajo criterios de calidad y de dictaminación “doble ciego”. Son precisamente estos elementos los que deben otorgar el perfil a un posgrado. No todo posgrado tiene que enseñar lo mismo. Cada institución le debe dar un perfil o un énfasis propio en función de la orientación que busque y de la plantilla con que cuente. Así, si una determinada institución mexicana cuenta con algunos de los más

Las becas son insuficientes en cantidad y algunas en monto, pero también están mal distribuidas



reconocidos especialistas en procesos electorales entre sus profesores, por ejemplo, ello le permitirá darle ese perfil o ese énfasis a su maestría en ciencia política (por supuesto no sólo enseñará lo relativo a los procesos electorales), al igual que si un estudiante inglés quiere estudiar filosofía política y elige a Oxford como su primera opción.

Otro aspecto fundamental en los posgrados es la tutoría. En México la labor del tutor se reduce, por lo general, a asesorar al alumno en lo relativo a su tesis. Pero un tutor es mucho más que eso. Es el co-responsable de la formación académica del estudiante. El tutor le indica qué lecturas realizar, qué lagunas cubrir, con qué profesores o especialistas debe entrar en contacto, a qué conferencias asistir o qué curso debe tomar. Y el estudiante tiene la obligación de seguir las indicaciones de su tutor.

He dicho que hay también en algunos posgrados falta de exigencias reales. Por ejemplo, en esa entrevista personal inicial se le señala al estudiante que la dedicación de tiempo completo es obligatoria, pero después no se le exige. Se podría argumentar que esto se debe a la falta de mecanismos para saber si el alumno trabaja. Pero existen esos mecanismos. La calificación, además de evaluar conocimientos y aprovechamiento del alumno, sirve también a las autoridades para tener un control de su rendimiento y para conocer si le está dedicando el tiempo y el esfuerzo necesarios a sus estudios. Sin embargo, existe otro problema que invalida la utilidad de este mecanismo: en algunos posgrados hay la costumbre generalizada de no calificar con menos de 8 a ningún alumno. Esto es corrupción; es algo inadmisibles.

Las becas son otro mecanismo para el control del rendimiento. Dije antes que son insuficientes en cantidad y algunas en monto, pero también están mal distribuidas. Por ejemplo, he tenido algunos alumnos muy malos que faltan continuamente, que no preparan bien sus exposiciones, que no hacen las lecturas o las hacen incompletas, mal, y sin embargo están becados ¿Cómo es posible que con ese rendimiento estén becados? Las becas se ganan, no se regalan.

Si sumamos estos dos elementos, resulta entonces que los estudiantes de posgrado conservan sus becas con un mínimo de esfuerzo y de rendimiento. Cuando uno los califica con menos de 8, inmediatamente solicitan corrección de la calificación porque de no hacerlo —argumentan—, perderían o les suspenderían la beca. Esto es simulación. ¿En qué hemos convertido los posgrados en ciencias sociales?

En lo que toca a la falta de dedicación de muchos estudiantes, ésta obedece, entre otras razones, a la misma falta de tiempo a que me he referido, pero también a la falta de vocación académica. Como dije antes, a muchos de ellos no les interesa en realidad una formación académica seria y profunda (que por lo mismo requiere un esfuerzo y dedicación en la misma proporción), y mucho menos dedicarse a la investigación, sino conseguir mejores condiciones salariales y de posición. Es por esta misma razón —la necesidad de mayores credenciales—, que los diplomados han proliferado tanto y con tanto éxito. Los diplomados sí están dirigidos a ese público al que la licenciatura le quedó chica y que necesita actualizarse o especializarse en determinados conocimientos que les son útiles o benéficos en su trabajo profesional. Tienen la ventaja adicional de que aunque su duración es muy variable, se pueden realizar en mucho menor tiempo que una maestría o un doctorado. Sin embargo, muchos profesionales aún consideran que deben cursar un posgrado, a menudo por falta de información adecuada y también por el mayor prestigio que da el llamarse maestro o doctor.

Todos estos problemas se derivan, en buena medida, de esa errónea concepción de la escalera a la que me referí al principio. No estoy señalando que todos los posgrados tengan todos estos problemas, ni estoy criticando a un determinado posgrado en especial; lo que estoy criticando es la *concepción* que está detrás y lo que ésta ha producido. Esa concepción ha llevado al abaratamiento de los posgrados en general. Éste consiste en que con relativa facilidad, con un mínimo de tiempo y de exigencias académicas, se puede conseguir el grado. El otro aspecto que estoy criticando es la exigencia de “producir” más maestros y doctores privilegiando la cantidad sobre la calidad. La OCDE recomienda “desarrollar” el posgrado y ciertamente sugiere aumentar el número de maestros y doctores, pero *para* mejorar la calidad de la plantilla de docencia superior y los investigadores de alto nivel, no para enviarlos al mercado de trabajo (OCDE, 1997, págs. 189 y 215), y tampoco sugiere privilegiar la cantidad sobre la calidad. Maestros y doctores se *forman*, no se *producen*. No se trata de duplicar o triplicar su número, sino de formarlos cualitativamente en lo académico. Quedándonos sólo con aquellos que tienen vocación y capacidad para estudiar una maestría o un doctorado formaríamos quizá menos de lo que actualmente se pretende, pero mejor preparados y, por ende, más útiles.

Si se clarificara y difundiera cuáles son las finalidades de la maestría y del doctorado —fundamentalmente formar profesores de educación superior bien preparados e investigadores de

alto nivel— y se establecieran exigencias *reales* acordes a esas finalidades y a esos niveles, podríamos proporcionar una formación seria y profunda. Debemos derivar hacia los diplomados a todos aquellos aspirantes a los que, en realidad, no les interesa la academia o que carecen de tiempo, interés o vocación para estudiar una maestría o un doctorado.

Es hora ya de redefinir el rumbo y corregir la distorsión en que muchos posgrados han caído, aun algunos calificados como de excelencia por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Abandonemos la concepción de la escalera y devolvámosle al posgrado su finalidad académica.

## Bibliografía

OCDE (1997), *Exámenes de las políticas nacionales de educación. México. Educación Superior*, París (publicado en español, inglés y francés, simultáneamente).

---

**Enrique Suárez Íñiguez** obtuvo la licenciatura en ciencia política y administración pública en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); llevó a cabo estudios de especialización en la Sorbona, Universidad de París I; obtuvo en grado en ciencia política en la UNAM y realizó el posdoctorado en la Universidad de Cornell, Estados Unidos. Es miembro de la Academia Mexicana de Ciencias, investigador nacional, autor de varios libros y de más de 50 artículos. Fue director del Centro de Investigaciones y Servicios Educativos de la UNAM y jefe de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, donde es profesor titular.  
esiiguez2002@yahoo.com.mx